

FERNANDO MÚGICA, “In memoriam”, *Anuario filosófico*, Pamplona, 46-2 (2013) 423-30.

Se nos ha muerto Don Leonardo Polo y somos muchos –colegas, antiguos alumnos, lectores habituales y quienes encuentran en su pensamiento filosófico una fuente viva de inspiración– los que, con ocasión de su pérdida, percibimos lo mucho que le debemos y hasta qué punto el Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra tuvo en él su origen y punto de apoyo permanente durante décadas. Me referiré a unos cuantos aspectos de su legado que considero especialmente reseñables y que gozan de completa vigencia.

D. Leonardo amaba la filosofía, el gusto por la teoría. Conseguía que quienes nos acercábamos a él accediéramos a la experiencia del pensar y al atrevimiento del preguntar. Toda pregunta tiene un sentido y es aprovechable, muy especialmente cuando el ejercicio del pensamiento filosófico se encamina no a la crítica por destrucción, sino a la crítica por superación. Siempre que se ejerce la voluntad de ir más allá en el plano teórico, ninguna pregunta juvenil es descabellada. Pienso que su ansia por despreciar nuestro espíritu y llevarlo por caminos de interrogación y búsqueda de la verdad se presentaba en la forma de un camino del pensar en el que la pretensión de verdad y el encuentro con la experiencia filosófica eran una sola e idéntica cosa. Por eso mismo él siempre enseñó y ejerció la convicción de que la crítica filosófica se debía encaminar a poner de manifiesto la voluntad de verdad que encerraba el ejercicio del pensar por parte de quien fuera, ya que carecía de sentido que el acto teórico careciera de toda posible relación con la verdad.

Su preocupación constante por la formación de los alumnos, los doctorandos y los profesores jóvenes ya doctores no le impidió, al contrario reforzó si cabe, su respeto por la libertad personal. Don Leonardo no intentaba ganar a nadie para su persona; no buscaba adhesiones personales ni lealtades “de situación”. La parquedad en los elogios y su extrema sobriedad en la manifestación de entusiasmo respecto de lo que hacíamos aquellos jóvenes alumnos suyos, ya fuesen exposiciones orales o escritas, obedecían no a una estrategia de distanciamiento, sino a un concepto formativo, el mismo que le llevó a repetir una y otra vez la ya célebre frase: “todo éxito es prematuro”. El éxito es una de las formas de reconocimiento ajeno que las personas jóvenes buscan por razones de seguridad personal y que actúa como un “refuerzo de conducta de naturaleza psicológica”. D. Leonardo vivió, en su condición de filósofo, y durante un tiempo, la experiencia de un escaso o insuficiente reconocimiento ajeno y creo que ello le llevó a ahondar tanto en el fundamento de la propia seguridad en la tarea que uno realiza, como en la forma de abordar la relación docente y de consejo en el plano filosófico. Su insistencia en que las ideas no gozaban de “derechos de autor” puede ser objeto de varias lecturas. En el contexto del discurso y de acuerdo con el hilo argumental que propongo cabe entenderla así: «haced vuestras estas ideas sólo si las entendéis y os convencen, pero no porque sean mías».

La presencia de Don Leonardo en el Departamento era proverbial, tangible, amable, serena y silenciosa. Dudo que nadie tuviera miedo alguna vez –por no molestar– de llamar a su puerta; y, al mismo tiempo, no es menos cierto que pasaba largas horas solo, estudiando y escribiendo. No exhibía ni hacía sentir una voluntad de aislamiento; más bien, cuando alguien se sentaba a hablar con él, bien pronto perdía la noción del tiempo transcurrido. Creo que somos muchos los que, con la perspectiva que da el tiempo, valoramos la gran generosidad y hasta el derroche de tiempo y energía que D. Leonardo

empleaba con cada uno, como si en ese momento él no tuviese otra cosa que hacer más que atenderte. Y en la misma medida valoro el gran amor a la libertad personal que él ejercía de un modo muy singular: allanando, haciendo fácil, el camino que transita de la cercanía a la distancia y viceversa. Es propio de un alma grande saber querer sin absorber; ayudar con toda el alma y con verdadero desinterés, sin contraprestaciones; albergar un auténtico desvelo por lo que pueda ocurrirle al otro y, sin embargo, dejarle ser y que siga su camino. La magnanimidad es maestra de serenidad en el trato y relación con los otros, especialmente con los más jóvenes. D. Leonardo supo vivir con naturalidad el hecho de que nuestros caminos se entrecruzaran con el suyo según ritmos, pasos, cercanías y distancias que variaban conforme lo hacían las etapas de nuestras vidas. Nunca le oí un reproche de deslealtad hacia nadie por razones de distanciamiento. Y es que amaba de veras y con hechos la libertad personal con todas sus consecuencias.

Conjugar el amor a la libertad con el deseo de una convivencia armoniosa dentro del Departamento de Filosofía fue, sin duda, una de sus pasiones dominantes. Puesto que él estuvo presente desde el inicio, era lógico que representara la relación con el origen y que ejerciera tal representación. Sin embargo él vivía muy poco de la memoria; «lo mejor está por venir», repetía de continuo. Este doble signo –conectar con el origen y proyectar de continuo la propia vida– le permitió entender bien los cambios saliendo al quite de los problemas y anticipando soluciones que el tiempo mostró eficaces. Supo aceptar con humildad y naturalidad que otros, mucho más jóvenes y en algunos casos formados a su lado, ocupáramos tareas directivas que le afectaban. Siempre me insistió en evitar las etiquetas y los clichés referidos a los colegas, al tiempo que me enseñó con obras que la unidad es el resultado natural, pero arduo, de amar la libertad personal tanto como las legítimas diferencias que en el orden del pensar y del modo de ser y actuar tenemos todos los seres humanos. Supo mediar cuando fue necesario hacerlo y lo hizo siempre con respeto y delicadeza, sin invocar “galones de veteranía”. No obstante, su autoridad intelectual y moral se hacía sentir cuando se requería el consenso adecuado o la comprensión cabal de un problema.

Como buen universitario D. Leonardo vivió con preocupación y esperanza a la vez la crisis de la Universidad como institución de educación superior. Hay numerosos textos e intervenciones que así lo ponen de manifiesto, pero tal vez en la enseñanza oral y cercana era más explícito. Suele decirse que los grandes espíritus tienen una cierta capacidad prospectiva y creo que, en su caso, es verdad. Anticipó con extraordinaria agudeza la necesidad de que el gobierno universitario equilibrara al máximo el papel de directivos, gestores y académicos, sin que se descompensara claramente hacia uno de los lados en detrimento de los otros dos; se preocupó por hacernos ver y valorar el papel y el lugar irrenunciable de la filosofía en el conjunto del saber y dentro de la Universidad; finalmente se esforzó para que veláramos de continuo por la investigación, el doctorado y el buen nivel de las tesis doctorales. Aunque sea mucho resumir, pienso que estos tres aspectos compendian una buena parte de sus desvelos por la Universidad. Expresión cabal de su interés por los dos últimos aspectos mencionados fue el empeño que manifestó por poner en marcha Convenios de Doctorado con diversas Universidades de la América hispana, y la implicación personal que tuvo en este proyecto desde 1985 hasta su último viaje a la Universidad de Piura en 2002. Siguió con el máximo interés y dedicación los diversos aspectos normativos y administrativos que los Convenios implicaban y fueron muy numerosas las horas que dedicó a hablar con sus colaboradores más cercanos y conocer de primera mano los pormenores y la situación de cada Universidad.

Termino ya. No puedo ni quiero pasar por alto un aspecto de la persona de D. Leonardo que, para mí, sobresale por encima de todos y explica casi todo lo demás. Era un cristiano con una vida espiritual muy honda. ¡Cuántas veces en los muchos viajes que hicimos juntos, mientras yo conducía, él se recogía en silencio! Yo adivinaba que se ponía a rezar. Sus comentarios y reacciones ante las cosas negativas expresaban una esperanza cristiana que daba paz a quienes estábamos a su alrededor. Descanse en paz quien tanto nos legó, quien tan generoso fue con los dones que recibió.